

La interpretación de las revoluciones contemporáneas en la obra de Immanuel Wallerstein

◆ Luciano P. J. Alonso

0. Difícilmente el impacto teórico e historiográfico de la obra de Immanuel Wallerstein pueda ser exagerado. En especial, la publicación del primer tomo de *El moderno sistema mundial* puede ser considerado como un acontecimiento fundante de la disciplina actualmente llamada “sociología histórica” (Paramio, 1986: 1). La laudatoria opinión de Andrés Aubry, según la cual historiadores como Wallerstein hay sólo uno o dos por siglo (cit. Avendaño Figueroa, 2000), resume la actitud de respeto y admiración que provoca una obra altamente erudita y un discurso sumamente elaborado. Tal cual él mismo lo ha destacado en numerosos textos, sus desarrollos teóricos suponen un intento de replantear el marxismo en su conjunto y enriquecerlo con una vinculación estrecha al legado de Fernand Braudel, para dar a luz un nuevo paradigma científico que reemplace a los paradigmas anteriores. En ese sentido, ha construido una metahistoria que intenta servir de base interpretativa de los principales acontecimientos del mundo moderno, en los cuales naturalmente se incluyen los procesos revolucionarios.

Pero ese impacto tiene además un correlato en el plano de los posicionamientos práctico-políticos. Para Theda Skocpol, Wallerstein ha intentado teorizar y argumentar en sus obras la visión de la historia subyacente a los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo, con lo cual su discurso

◆ Universidad Nacional del Litoral. CESIL

historiográfico no puede desprenderse de sus planteamientos políticos (Skocpol, 1994a: 128, y 1994b: 162-163). Esa simbiosis de «gran teoría» y actitud política explícita llega al punto de servir de base para que los integrantes de la Red Vasca Roja –sistema de enlace entre comunistas vascos que participan de sitios en Internet a título individual– entiendan que nuestro autor es «el Marx del siglo XX» (Red Vasca Roja, 2000). En un proceso de retroalimentación, una nueva teoría funda una nueva política y viceversa. La revisión que Wallerstein propone del marxismo no es sólo una revisión de su teoría general ni de su narración plurisecular sobre el desarrollo capitalista, sino también la reformulación de las prácticas políticas que fundamentó y la deconstrucción de su eurocentrismo. Teniendo en cuenta su defensa de un ideario socialista y de un compromiso con el cambio social emancipatorio, su interpretación de las revoluciones contemporáneas adquiere una relevancia especial –aun cuando ésta deba ser rastreada en multitud de textos que tienen otros objetos de análisis–, por sobre todo frente a la pretensión de otras corrientes del materialismo histórico de reivindicar el cambio revolucionario orientado a la toma del poder del Estado como proceso de avance hacia una sociedad post-capitalista.

En las presentes páginas se tratará de realizar un análisis crítico de la interpretación que Wallerstein hace de las revoluciones contemporáneas siguiendo cuatro etapas de discusión: primero, su conceptualización de las revoluciones y el papel que les asigna en el desarrollo del sistema mundial capitalista, luego su apreciación de diversos procesos revolucionarios acontecidos en espacios estatales, en tercer término el postulado de dos “revoluciones mundiales” hacia 1848 y 1968, y por fin su consideración del actual momento histórico como una crisis sistémica del capitalismo que abre la posibilidad de nuevas revoluciones.

I. Immanuel Wallerstein establece una estrecha relación entre los conceptos de revolución y modernidad, entendida esta última como nueva *Weltanschauung* característica del moderno sistema mundial. “La revolución –escribe– marcó la apoteosis de la ciencia newtoniana del siglo XVII y del concepto de progreso del siglo XVIII, en suma, lo que hemos llegado a llamar la modernidad” (Wallerstein, 1999a: 77). La noción de revolución aparece así indisolublemente ligada a la idea de un progreso científico, material y moral.

Especialmente en la tradición marxista, esa noción de revolución era parte indiscutible de una teoría lineal del progreso. En su recepción crítica de las obras de Karl Marx –respetuosa de su legado conceptual y de su inspiración moral, pero a la vez distanciada de un horizonte intelectual que sólo podía ser el

de un hombre del siglo XIX (Wallerstein, 1988: Introducción)– Wallerstein privilegia la concepción del capitalismo como un sistema y consecuentemente un análisis estructural-funcional, así como su necesaria distinción con la realidad cotidiana y multiforme del mundo capitalista. Pero no suscribe de ninguna manera la idea de progreso histórico ni atribuye a las revoluciones contemporáneas un impulso “progresivo”. Destaca además la carga de ambigüedades que en la tradición marxista conlleva el término “revolución” y su problemática oposición a la “reforma” entendida como cambio gradual, prosistémico e ineficaz, así como la distinción no siempre clara entre revoluciones políticas y sociales, e incluso industriales, etc., o el planteamiento de interrogantes como ser cuál es el papel del grupo organizado o del levantamiento espontáneo, o qué grado de relación hay entre revolución antiimperialista y revolución socialista (Wallerstein, 1999a: 209-211).

Señala que en rigor los partidos, los movimientos sociales y los complejos de actividad social han sido más o menos “revolucionarios” conforme las tácticas cambiantes que seguían –o que se veían obligados a seguir–. La revolución no sería un derivado lógico de la obra intelectual de Marx, sino uno de los muchos posibles dispositivos de la acción política de los movimientos antisistémicos, ora organizados, ora espontáneos. Establecer un hiato entre el *corpus* teórico y conceptual marxiano y la adopción de tácticas revolucionarias aparece como una necesidad práctico-política para evitar la desilusión con la teoría. En tanto que toda acción social se desarrolla en el marco de un sistema determinado que constriñe sus posibilidades de éxito, el recurso esperanzado a la revolución como medio de concreción de una ingeniería social sólo puede conducir a la desilusión con sus resultados y –en forma mediata– con la teoría que la sostiene. El aprovechamiento de ese desencanto por el pensamiento conservador desde Burke y De Maistre, es el resultado inevitable de la confianza desmedida en el procedimiento revolucionario como medio de concreción de los sueños (Wallerstein, 1998b: 7).

“El término ‘revolución’ –dice Wallerstein (1998b: 5)– significa para nosotros un cambio repentino, drástico y extenso, que subraya la discontinuidad”. Discute que el concepto de “revolución industrial” pueda tener alguna utilidad y que no produzca un efecto engañoso al enfatizar las mutaciones en un momento de un proceso de desarrollo sostenido de larga duración. En todo caso, lo que se discute es el ritmo, secuencia y ámbito del cambio económico-social, incluyendo en una formulación tan vasta los aspectos relativos al incremento de producción y productividad agrícola e industrial, mecanización, proletarización, ampliación de mercados, crecimiento demográfico y otras variables. Por el contrario, el concepto de revolución aplicado a la esfera político-social es asiduamente

utilizado por nuestro autor, aunque de ninguna manera suponga reconocer a los acontecimientos que reciben tal nombre la cualidad de transformar una estructura social subyacente y ni siquiera el funcionamiento del Estado en el que ocurren (Wallerstein, 1998b: 11). Wallerstein alega además que la idea de una “traición” a pretendidos objetivos emancipatorios por parte de dirigentes revolucionarios encumbrados en el poder del Estado es lisa y llanamente falsa. La sinceridad revolucionaria de multitud de actores individuales y sociales a lo largo de la historia contemporánea no puede ser puesta en duda, sino que hay que admitir que —en último caso— esos supuestos “traidores” hicieron lo que pudieron en el marco de un sistema mundial¹ cuyos mecanismos de funcionamiento superaban cualquier voluntarismo.

La noción de la revolución como elemento de transformación radical que Wallerstein critica supone una funcionalidad del Estado y su adscripción social, que vendrían a ser puestas en cuestión por la actividad revolucionaria. Para él, las estructuras estatales han sido siempre —e incluso cuando fueron controladas por fuerzas reformistas que afirmaron ser fuerzas “revolucionarias”— un obstáculo para la transformación del sistema mundial, al tiempo que la tan mentada “sociedad civil” es una expresión engañosa, ya que ésta sólo ha existido allí donde el Estado ha sido lo suficientemente fuerte como para organizar a sus ciudadanos dentro de su marco y para llevar a cabo actividades por él legitimadas y política indirecta, es decir, no partidaria (Wallerstein, 1999a: 7 y 8). Esa desconfianza absoluta en la capacidad transformadora del Estado y de la misma sociedad civil proviene de una concepción sistémica y de una lógica deductiva para el análisis del mundo moderno.

Wallerstein entiende que tres “teorías de la historia” disputan con relación a la periodización del capitalismo: la que cifra la gran ruptura del mundo moderno en 1800, privilegiando la industrialización, en 1650, privilegiando los primeros estados “capitalistas” y la aparición de ideas “modernas”, y por fin, en 1500, “haciendo hincapié en la creación de un sistema *mundial* capitalista distinto de otras formas de economía” (Wallerstein, 1984: 11). Aun dejando de lado la gran arbitrariedad y simplificación en la definición de esas tres supuestas “escuelas” —que podrían ser más—, como también la evasión de la discusión sobre las

¹ Si bien el mismo Wallerstein distingue entre “sistema-mundo” (*world-system*) y “sistema mundial” (*world system*) —diferenciación observada por Tortosa, 1999: 107—, en las presentes páginas se tratará de utilizar solamente la expresión “sistema mundial” tanto por su impacto a partir de las traducciones que la editorial Siglo XXI realizara de *The Modern World-System* como “El moderno sistema mundial”, como por el hecho de que este trabajo se ciñe a problemas referidos al sistema-mundo capitalista, que en la terminología de nuestro autor es el primer sistema mundial.

relaciones de producción y las fuerzas productivas como elementos que pudieran definir el modo de producción dominante para justificar acabadamente la adopción del siglo XVI como el momento de nacimiento del sistema mundial capitalista,² cabe observar que Wallerstein construye una explicación fuertemente deductiva. Aceptada la premisa general según la cual hacia el 1500 ya existe un sistema mundial capitalista, de ella se derivan dos postulados que condicionan la interpretación de todos los movimientos revolucionarios: 1) las revoluciones sociales y/o políticas acontecidas desde el siglo XVI no cumplen ninguna función en la formación del moderno sistema mundial, que preexiste a ellas –en otros términos, no son “parteras” del sistema–; 2) dichas revoluciones no pueden ser consideradas “burguesas” o “antifeudales”, porque el sistema en el cual se producen ya es un sistema capitalista.

Entendiendo a los sistemas mundiales como los únicos sistemas sociales realmente existentes –con excepción de las economías de subsistencia–, Wallerstein subordina todo análisis de conflictos entre clases sociales y grupos de interés al análisis sistémico. Retomando la conocida distinción marxiana entre clases en sí y para sí (*an sich - für sich*), postula además que la constitución plena de las clases sociales a partir de los grupos de interés o clases potencialmente existentes –que se solapan con grupos de status– constituye un acontecimiento que sólo se produce en situaciones de conflicto. Únicamente los “estratos superiores” extendidos geográficamente en el ámbito del sistema mundial pueden asumir una clara conciencia de su situación de modo permanente (Wallerstein, 1979: 494 y ss.). Aunque sus comentarios sobre las posibles situaciones de conflicto dejan abierta la posibilidad de diversos alineamientos y grados de autoconciencia, es claro que de ellos se deriva que concibe al moderno sistema mundial como un sistema de una sola clase: la “clase capitalista” o “burguesía”, en la que homologa todas las categorías sociales con pretensiones de rango, riqueza o poder. “Las luchas sociales y políticas fueron reales –admite–, pero fueron luchas *intestinas* de los estratos dirigentes” (Wallerstein, 1984: 166). Los conflictos abiertos entre facciones de esa “clase única” no pueden entonces catalogarse como revoluciones burguesas o antifeudales, pero ello no quita nada a su carácter revolucionario (*ibidem*), en tanto que implican cambios repentinos y discontinuidades en el control del aparato del Estado por diversos sectores de la clase capitalista.

² Esto es congruente con su teoría de que el capitalismo no implica trabajo asalariado, sino una especial combinación de trabajo asalariado con diversos tipos de trabajo no asalariado, lo que le permite evadirse del problema de definir un sistema como capitalista en un momento en el cual la relación salarial no es dominante (Wallerstein, 1998a: 269-272).

Nos encontramos entonces ante una negación de los “axiomas elementales” que explican el mundo moderno bajo la forma de ascenso de la industria y de la burguesía mediante un cambio histórico cualitativo hacia fines del siglo XVIII e inicios del XIX —en realidad, porque el cambio cualitativo ya se habría producido en el siglo XV. Wallerstein se opone entonces tajantemente a la idea de una “doble revolución”, la industrial británica y la política francesa, como salto que completaría una “transición del feudalismo al capitalismo” (Wallerstein, 1998d: Capítulo 1, en evidente contraposición a la tesis representada por Hobsbawm, 1991).

Sin embargo, el concepto de “lucha de clases” mantiene para él una principal importancia, no ya para definir una estrategia revolucionaria o caracterizar un proceso de pugna por el poder del Estado sino para comprender los procesos de polarización, ideología y enajenación (Wallerstein, 1999a: 225-230).³ A pesar de su negativa a reconocer una funcionalidad transformadora a los movimientos revolucionarios contemporáneos y reconociendo la interpenetración de los conflictos de clase con los conflictos de status (Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 1999: capítulo I), Wallerstein les otorga una cualidad específica en tanto que representan una oportunidad para que grupos particulares y la población de los Estados que las sufren en general presenten sus reivindicaciones y articulen formas de acción alternativas. En los orígenes de las revoluciones no podríamos ver una eclosión espontánea de elementos populares, pero las alteraciones del orden constituido y la agudización de los conflictos facilitan el desarrollo de una autoconciencia de las masas oprimidas y la consecuente organización de movimientos auténticamente antisistémicos (Wallerstein, 1998b: 8 y ss). La historia particular de las revoluciones contemporáneas sería pues la historia de la competencia entre estratos dirigentes prosistémicos, mediada por la emergencia de actores antisistémicos que igualmente encontrarían limitadas sus posibilidades de acción a las constricciones del sistema mundial.

2. En un todo de acuerdo con la tónica general de interpretación reseñada anteriormente, Wallerstein minimiza el sentido social de los conflictos revolucionarios de la modernidad temprana. Con citas aprobatorias de un marxista como Peter Field⁴ y un weberiano como R. H. Tawney reafirma la idea de que Inglaterra era ya un estado capitalista desde el siglo XVI, y que en consecuencia

³Taylor (1994: 27) ha señalado que Wallerstein admite el papel esencial de la lucha de clases en el seno de una economía-mundo, pero que las clases de las que habla son distintas de las del marxismo ortodoxo, ya que su definición de modo de producción es menos estricta.

⁴Según Benigno (2000: 227), seudónimo de Jürgen Kuczynski.

en la revolución inglesa –tanto en 1640 como en 1688-89– la burguesía estaba en ambos bandos (Wallerstein, 1984: 9 y 166). A su tiempo, propone como pauta explicativa de la revolución estadounidense su inserción en las luchas geopolíticas del siglo XVIII y relativiza su impacto social, si bien reconoce el papel de los revolucionarios sociales en el estallido y desarrollo del proceso (Wallerstein, 1998b: 329-333).

Es en el tratamiento de la Revolución Francesa donde afirma claramente su modelo de conflictos entre estratos de una clase única y ulterior emergencia de elementos antisistémicos. Entendiendo que la cuestión historiográfica más importante en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial ha sido el carácter burgués o liberal de esa revolución y la evaluación del jacobinismo como cúspide o desvío del movimiento, trata de construir una explicación que se aleje de las grandes corrientes que contendieron con respecto a esos puntos. Así, postula la dependencia de la “interpretación social” de la revolución con respecto a la “interpretación liberal de la historia” y se apoya principalmente en los planteos de Richet y Cobban –y en imprecisas afirmaciones de Le Roy Ladurie, Bloch y Goubert– para desarticular la interpretación social en función de que los actos revolucionarios no responden en forma consecuente con intereses burgueses y de que no se evidencia una clara fractura entre nobleza y burguesía. Rechaza también la idea de revolución atlántica presentada por Godechot y Palmer, por considerarla una variante de la interpretación social que subrepticamente responde a los mismos parámetros interpretativos: nobleza vs. burguesía, acceso al mundo moderno, destrucción del Antiguo Régimen (Wallerstein, 1998d: 48-55). Pero tampoco considera que la “revolución liberal” postulada por Furet y Richet –mejor conocida como tesis o versión “revisionista”– sea sustancialmente diferente de la “interpretación social”, ya que si bien discrepa en lo concerniente al papel del Año II, a la distinción entre nobleza y burguesía y al carácter más o menos político, social o cultural del cambio, sigue entendiendo a la Revolución Francesa como un “punto de inflexión” de importancia en una construcción de larga duración que conduce al mundo moderno (Wallerstein, 1998d: 63).

Consecuentemente, el proceso que lleva a la Revolución Francesa se explica básicamente por las tensiones entre diversos sectores capitalistas y el Estado francés, rehuendo una explicación secuencial o de larga duración en pro de una explicación coyuntural. Es una lucha “intraburguesa”, en “el interior de la élite”, en torno a la constitución y política del Estado francés, en cuyo transcurso eclosionan movimientos populares. Esos movimientos emergentes –que por

ser “antiburgueses” son considerados “antisistémicos”– conducen a lo que Wallerstein considera el verdadero sustrato social de la Revolución Francesa: una feroz lucha de clases entre los que se beneficiaban del desarrollo de la economía capitalista mundial y los que no se beneficiaban con él. En esa lucha de clases exacerbada los sectores populares tomarían iniciativas propias y a partir de ellas sus demandas deberían ser atendidas, aunque de variada manera, por los grupos que se disputaban el poder del Estado (Wallerstein, 1998d: 134-146).

¿Qué sentido puede asignarse entonces a la Revolución Francesa? Wallerstein no lo duda: constituye un punto de inflexión y referencia en tanto es una convulsión que culmina en la normalización de la esfera política en la modernidad. Mediante el subterfugio de introducir “el lenguaje de la antigüedad” en nuestra “armadura intelectual” (Wallerstein, 1995), la Revolución Francesa dio a luz dos nuevas creencias que constituirían la armazón ideológica del sistema mundial: primero, el cambio político es un acontecimiento normal y no excepcional; segundo, la soberanía reside en una entidad llamada “pueblo” y el espacio estatal-nacional es el marco normal de la acción política. Quedaron entonces fijados los supuestos generales de la acción política: aceptación del cambio político, la soberanía popular y los conceptos de nación y ciudadanía (Wallerstein, 1998b: 16). La Revolución Francesa constituiría un mito no porque no haya existido, sino porque cambió el mundo ideológico del moderno sistema mundial sin alterar para nada sus bases materiales. Y adicionalmente, dio lugar por primera vez a un “mito antiburgués” a partir de la aparición de los movimientos antisistémicos: “Libertad, igualdad y hermandad es un lema dirigido no en contra del feudalismo sino en contra del capitalismo” (Wallerstein, 1998d: 73; cita textual de 1998a:87).

La otra gran revolución contemporánea que moviliza los debates historiográficos del siglo XX, la Revolución Soviética, da lugar a argumentación diferente que en rigor culmina reafirmando la determinación del sistema mundial. Nacida como un movimiento antisistémico, implicó una renovación de la ideología socialista que hasta ese momento se había plegado al liberalismo y la construcción del marxismo-leninismo como nuevo plan de acción política (Wallerstein, 1999a: 105). El triunfo bolchevique constituyó la expresión álgida de las diversas formas de revolución y levantamiento nacionalista del período 1900-1917, que –dada la interpretación de las luchas de clases por Wallerstein como luchas geográficamente situadas– conllevaban una nueva forma de conflicto social que trasladaba la insurrección de masas del centro a la periferia. Pero el viraje del leninismo de la teoría de la insurrección proletaria a la teoría del antiimperialismo trajo inevitablemente

su desradicalización. Cuando luego del Congreso de Bakú en 1920 el marxismo-leninismo se reconstruyó “pasando de ser un programa para el derrocamiento revolucionario de los gobiernos por la clase trabajadora a ser un programa para la liberación nacional seguida por el desarrollo nacional (desde luego ‘socialista’)”, siguió un camino paralelo al wilsonismo y con ello volvió a plegarse a los postulados básicos de la ideología liberal (Wallerstein, 1999a: 91-92, nota).

A la larga, la revolución tendría sólo efectos relativos para el desarrollo de Rusia, y con la caída del Estado soviético se demostraría como una vía más para la industrialización y la integración del espacio ruso en el sistema mundial. Sí tuvo un efecto mucho más profundo en relación con las “clases peligrosas” y las acciones de resguardo de sus intereses por la clase capitalista: para los Estados del centro, la Revolución Soviética supuso una amenaza a la estabilidad que fue aplacada con un keynesianismo paneuropeo, en tanto infundió esperanzas a las masas oprimidas de los Estados semiperiféricos y periféricos del mundo extraeuropeo, presentando un modelo de independencia y desarrollo nacional (Wallerstein, 1998b: 28-29). La desradicalización del marxismo-leninismo y su aceptación del postulado liberal según el cual mediante el cambio político a nivel estatal-nacional se podía lograr el desarrollo, habría llevado a la URSS a actuar luego de la Segunda Guerra Mundial como agente subimperialista de los EEUU, en un enfrentamiento superficial que ocultaría un acuerdo profundo en la división de espacios de poder y el desaliento a los movimientos antisistémicos del Tercer Mundo (Wallerstein, 1999a: 13-27 y *passim*).

Wallerstein no oculta su simpatía con las revoluciones políticas del Tercer Mundo, que entiende como la expresión de nuevas “clases peligrosas” que no se integrarían a la zona central del sistema mundial como antes las clases trabajadoras de ese centro se habían integrado a sus respectivos estados. El simple hecho de que eclosionaran movimientos revolucionarios exitosos frente al acuerdo EEUU - URSS es interpretado como un verdadero logro antisistémico; pero esos movimientos no lograrían encauzar a los países en la senda del desarrollo nacional. La mayor parte de los movimientos de liberación quedarían librados a su suerte –en especial los africanos– y no podrían concretar los objetivos que se habían planteado. El Congreso Nacional Africano constituiría casi una excepción, ya que en 1994 consiguió su principal objetivo mediante un proceso que no llegó a un enfrentamiento armado generalizado y a las características de una revolución pero tuvo resultados revolucionarios, aun cuando no pudiera sustraer a Sudáfrica de los condicionamientos estructurales del sistema mundial (Wallerstein, 1999a: *passim*).

La asimilación que Wallerstein realiza entre el marxismo-leninismo y el wilsonismo sólo es plenamente entendible si atendemos a su homologación del conservadurismo, el liberalismo y el socialismo como respuestas ideológicas a la nueva situación política planteada por la Revolución Francesa, que librarían una “seudobatalla” entre ellas pero que acordarían en los postulados básicos de una “geocultura” liberal: aceptación del cambio político intra-estatal, la soberanía popular y los conceptos de nación y ciudadanía. Esta unidad profunda de ideologías sólo en apariencia divergentes se comprobaría con su actitud ante las diversas concepciones de la modernidad. Si se puede distinguir entre una modernidad de la tecnología –referente al desarrollo de la producción, el intercambio y los sistemas técnicos–, frente a una modernidad de la liberación –relativa a la libertad de los grupos sociales y los individuos–, Wallerstein ve un constante esfuerzo de los Estados y de las tres ideologías por controlar la modernidad de la liberación y asegurar la de la tecnología. Especialmente “en la medida en que los movimientos de trabajadores y socialistas llegaron a aceptar la centralidad e incluso la primacía de la modernidad de la tecnología, perdieron la lucha de clases” (Wallerstein, 1999a: caps. 4 y 7, cita textual 138).

En este punto podemos ya apreciar los condicionamientos y limitaciones del planteo general de Wallerstein. En concreto, prima en él la idea de que la política va detrás de la economía y a su vez la ideología detrás de la política. El determinismo económico de Wallerstein no se presenta a nivel de elementos discretos (un fenómeno o interés económico - una acción o idea política) sino al nivel global del sistema mundial. Una frase en particular puede aclarar esta situación: “la Revolución francesa fue, desde el punto de vista de la economía-mundo capitalista, el momento en el que la superestructura ideológica se puso por fin en el mismo nivel de la base económica. Fue la consecuencia de la transición, no su causa ni el momento en que se produjo” (Wallerstein, 1998d: 72). Desde esta perspectiva podemos presentar dos interrogantes: ¿es válido, aún reconociendo la mayor importancia explicativa de determinados aspectos de la vida social, construir un sentido monocausal en función de la relación base - superestructura?, e incluso ¿qué idea de “sistema” se puede defender si se entiende que el mismo preexistía desde el siglo XVI a su correspondiente estructura ideológica que se conformaría en el siglo XVIII-XIX? Lo seguro es que estamos aquí ante una identificación de las nociones de “sistema” y de “economía”, que torna superflua toda argumentación razonada sobre la integración de otras esferas como la política o la ideología.

Wallerstein se niega a enunciar proposiciones causales entre elementos discretos, prefiriendo explicar los acontecimientos o posicionamientos sociales de

acuerdo con una funcionalidad estructural respecto del sistema mundial. De tal manera, la causalidad queda reducida a la derivación de explicaciones particulares de una premisa general. El hecho de que Wallerstein utilice tal método deductivo mediante el desarrollo de proposiciones causales nomotéticas no es criticable en sí. Al fin y al cabo, éste constituye el tipo de explicando más riguroso y exigente. Lo discutible es que éste sea prácticamente el único explicando admitido como válido y que las ciencias sociales no puedan legítimamente pretender desarrollar explicandos concurrentes, diferentes del dominante en las ciencias físico-matemáticas (“ciencias naturales” para Bonnell, 1994 y Casanova, 1991, probablemente demasiado impactados por la misma analogía de Wallerstein entre ciencias sociales y astronomía, en Wallerstein, 1979).

El método de Wallerstein impone una relación unidireccional entre modelo teórico y contrastación empírica, toda vez que los conceptos a partir de los cuales se deduce el funcionamiento del sistema mundial se derivan más de una construcción lógica que del estudio empírico (Bonnell, 1994: 95-96; observación compartida por Casanova, 1991: 143). Los estudios históricos se presentan como campo de aplicación de una tesis predeterminada e incontestable, que condiciona el mismo carácter de la investigación. “Es nuestra gran interpretación de la historia –dice Wallerstein (1998a: 67)– lo que hace que nuestras pequeñas interpretaciones sean verosímiles. En consecuencia, la justificación de nuestra metahistoria no proviene de la información que genera, ni de las hipótesis nulas que sostiene o de los análisis que provoca; su justificación se deriva de su capacidad para responder de manera exhaustiva los enigmas sociales continuos y existentes que enfrenta la gente y de los cuales ha tomado conciencia”. En el mismo texto, más adelante señala que “el objetivo del análisis sociológico, en mi opinión, consiste en concluir con una interpretación histórica de lo concreto” (Wallerstein, 1998a: 148). Queda así claro que los análisis sobre revoluciones determinadas no tienen por objeto esclarecer los procesos revolucionarios en sí mismos, sino simplemente demostrar la mayor fuerza explicativa de la teoría de los sistemas mundiales para abordar también esos momentos que simbolizan el cambio y la desarticulación de las estructuras sociales. El modelo de Wallerstein supera la antinomia entre la generalización teórica y el análisis histórico (Skocpol, 1994a: 136), pero a costa de evacuar toda funcionalidad de este último como tabla de corrección del primero.

Podemos discutir largamente la posibilidad de que un enunciado de cualquier tipo se constituya como verdad, con todas las salvedades de provisionalidad de la verdad científica, pero aquí pueden señalarse a título provisional y con la

única expectativa de ilustrar los inconvenientes del modelo deductivo de Wallerstein cuatro aspectos cuya concurrencia resulta necesaria: 1) el acuerdo intersubjetivo sobre la experiencia –principio de acuerdo–, 2) la coherencia lógica del enunciado con otros enunciados en el discurso –principio de no contradicción–, 3) la relación no tautológica entre los enunciados –principio de no circularidad–, y 4) la imposibilidad, aunque sea provisional, de fundar empíricamente enunciados que le sean contradictorios –principio de falsación. Puede observarse que el requisito 1 es aleatorio en tanto depende del acuerdo de la comunidad científica y del conjunto social, y que Wallerstein cumple acabadamente con los requisitos 2 y 3 al adoptar una lógica deductiva. Pero desacredita la comprobación empírica como reaseguro de la verdad de las afirmaciones positivas, y por tanto no permite la corrección de la generalización teórica por el análisis histórico. Su pretensión de que una metahistoria se justifica por la forma en la que atiende las exigencias de respuesta a los “enigmas sociales” con los que se encuentra “la gente” introduce un elemento adicional en esta situación de tensión: las necesidades práctico-políticas resultan más valederas que la comprobación empírica, componente que reafirma el principio de acuerdo a costa de eliminar el principio de falsación.

Es el carácter incontestable de la tesis principal o teoría general la que deja abierta la discusión de multitud de fenómenos particulares. Si bien no tenemos aquí la pretensión de discutir todos y cada uno de los planteos de Wallerstein sobre las revoluciones contemporáneas –por otra parte muy bien fundamentados con una copiosa referencia bibliográfica– cabe señalar algunas cuestiones de importancia. La primera y principal es la minusvaloración de las revoluciones anteriores a la francesa en la creación de ideología. Evidentemente, la teoría política liberal no nace con la Revolución Francesa sino con la Inglesa del siglo XVII, y la teoría del derecho natural –que es su más firme predecesora– da a luz en el marco de la Revolución de los Países Bajos en el siglo XVI. Incluso cuando Wallerstein puede pretender una diferencia entre la aparición de un elemento (el liberalismo) y el momento en el cual éste se torna dominante (la geocultura liberal), es muy difícil negar el impacto ideológico de la Revolución Inglesa sobre –por ejemplo– todo el mundo político e intelectual francés del siglo XVIII. Igualmente, resulta injustificable el olvido de los “movimientos antisistémicos” ingleses del siglo XVII, tanto o más claros que los franceses del siglo XVIII (Hill, 1983; Negri, 1994). Un texto teóricamente insustancial pero que presenta una visión integrada de la transición de los levantamientos sociales que podemos calificar como “revueltas” a las “revoluciones”, cual es el de Alberto Tenenti

(1999) permite apreciar que la Revolución Francesa no constituye quizás un “punto de inflexión” tan grande respecto de sus precedentes, y que no pueden interpretarse los movimientos revolucionarios como mera consecuencia del desarrollo previo de la economía-mundo.

La misma observación puede realizarse sobre la tesis de Wallerstein de que las revoluciones contemporáneas no han logrado transformar la estructura social subyacente ni el funcionamiento de los Estados en los que ocurren, por la simple determinación de las estructuras estatales por el sistema mundial. A ese respecto, hay una falta de evaluación de las grandes transformaciones ocurridas en etapas de cambio social acelerado. Por ejemplo, Wallerstein acepta que el derrumbamiento del *Ancien Régime* es “más o menos cierto”, y dedica una sola frase –dentro de toda la bibliografía analizada– a la nacionalización y venta de los bienes del clero durante la Revolución Francesa (Wallerstein, 1998d: 71 y 132, respectivamente). Ahora bien, como argumentaría Alain Guerreau (1988: 75-77), si una transferencia acelerada de más de la tercera parte de la propiedad del suelo francés de manos de la Iglesia a la burguesía y la aristocracia no puede ser considerada una “revolución”, entonces no sabríamos muy bien a qué aplicar ese término.

Por fin, la desestimación de los acontecimientos ideológico-políticos le impide desarrollar comparaciones generalizadoras sobre los movimientos revolucionarios. Por consiguiente, no extrae conclusiones de sus propias observaciones sobre la identidad de política económica entre Cromwell y la Revolución Gloriosa, o sobre la similitud entre Inglaterra y Francia en el desarrollo de movimientos revolucionarios (Wallerstein, 1984: 343 y 1998d: 174, respectivamente).⁵

Esa minusvaloración de acontecimientos cuya existencia puede ser defendida razonablemente se entronca con la lógica determinista reseñada más arriba. El que la construcción de la modernidad sea un complejo de interacción entre cuestiones económicas, políticas e ideológicas estaría en contradicción con la idea de que del desarrollo previo de la economía-mundo capitalista se deriva el desarrollo posterior de las ideologías y las formas políticas adecuadas, *ergo*, Wallerstein debe eliminar de la argumentación todos los componentes ideológi-

⁵ Al respecto cabe destacar que Charles Tilly observa en Wallerstein un recurso a comparaciones individualizadoras y globalizadoras en su argumentación sobre el surgimiento y funcionamiento del sistema mundial (Tilly, 1991: 107). Sin embargo, el recurso a pautas de interpretación uniformes para las revoluciones podría hablar de una comparación universalizadora subyacente. A su turno Bonnell plantea que el uso de la comparación en Wallerstein no es analítico sino sólo ilustrativo, ya que compara unidades equivalentes entre sí con una teoría o concepto que sirve de patrón de medida (Bonnell, 1994: 97-98). Igualmente Wallerstein no desarrolla comparaciones entre movimientos revolucionarios, limitándose a caracterizaciones generales que permiten diferenciar unos de otros en muy escasa medida.

co-políticos como fundamentos del desarrollo. Hecha esta observación, debe concedérsele que la discusión no puede eludir el plano de la metahistoria. Ni siquiera la polémica sobre la atribución social de la revolución se puede evacuar en función del análisis particularizado de los actores y las acciones revolucionarias, sino que refiere principalmente a un sentido narrativo.⁶ Si la interpretación que Wallerstein realiza de las revoluciones contemporáneas es atacable desde la perspectiva de la comprobación empírica, es porque su modelo metahistórico no da un adecuado lugar a la misma en la construcción del conocimiento sobre lo social, más allá de las observaciones puntuales sobre tal o cual proceso revolucionario.

Sin embargo, algunos de los postulados singulares de Wallerstein guardan especial interés y merecen una atención particular. Especialmente un probable recurso a la “astucia de la razón” –mejor cabría decir a la “astucia del sistema mundial”– según la cual las acciones de los hombres pueden colaborar objetivamente con resultados diversos de sus propósitos; v.g. en el periplo de movimientos antisistémicos que en aras de una política factible en el marco del sistema mundial culminan llevando a cabo políticas integrativas. Entonces las revoluciones cargan con una tensión intrínseca entre emancipación y sometimiento: “¿Se me dirá que todas estas revoluciones (afgana, persa, china, rusa), incluso la mexicana, fueron ambiguas? Ciertamente, pero no existen revoluciones no ambiguas. ¿Se me dirá que todas estas revoluciones, incluso la mexicana, fueron finalmente recuperadas? Ciertamente, pero no existen revoluciones nacionales que no fueran recuperadas al seno de este sistema-mundo capitalista” (Wallerstein, 1995).

En un sentido similar, que trata de develar los supuestos comunes a elementos aparentemente opuestos, podemos apreciar el recurso a una dialéctica compleja que postula la unidad de los contrarios. Esa es la fundamentación profunda de su tesis del liberalismo como metalenguaje del sistema mundial, fuertemente entroncada con su interpretación de las revoluciones de 1848 y 1968 como “revoluciones mundiales”.

3. Wallerstein ha desarrollado una relación a la vez de integración y tensión entre los conceptos de ideología y geocultura. Define a una geocultura como el “conjunto de reglas y valores básicos que consciente o inconscientemente

⁶ Está claro que incluso para Karl Marx una “revolución burguesa” no implicaba una justificación de todos y cada uno de sus aspectos en términos de clase social, ya que las revoluciones de 1648 y 1789 “...No representaron el triunfo de una determinada clase de la sociedad sobre el viejo orden político, sino que proclamaron el orden político de la nueva sociedad europea” (Marx, 1992: 204).

gobiernan las recompensas dentro del sistema y crean un conjunto de ilusiones tendientes a persuadir a los miembros de que acepten la legitimidad del sistema” (Wallerstein, 1999a: 148-149). De esa manera, la geocultura es la ideología –o metalenguaje– del sistema mundial, aunque también se refiera a las ideologías –en plural– como los idearios que responden a la *Weltanschauung* denominada “modernidad”. Las ideologías no son necesariamente prosistémicas, sino que pueden estar relacionadas con movimientos antisistémicos y con el mismo desarrollo de las ciencias sociales, que constituirían una forma de conocimiento en tensión con ellas (Wallerstein, 1998a), pero con posterioridad a la Revolución Francesa se desplegaron las tres ideologías características del sistema mundial, el liberalismo, el conservadurismo y el socialismo, todas las cuales participarían de la geocultura liberal.

La posibilidad de desarrollo de movimientos antisistémicos en el siglo XIX habría estado fuertemente constreñida. En la primera parte de dicho siglo los intelectuales de izquierda (demócratas, republicanos, radicales o jacobinos, a veces socialistas) “no eran más que una pequeña banda”, algo más militantes que los liberales (Wallerstein, 1995 y 1999a: 79-80). Pero los levantamientos de 1848-49 representarían un momento destacado tanto para la formación de la izquierda como para la constitución del liberalismo como geocultura dominante. Por un lado Wallerstein destaca los hechos y consecuencias inmediatos de los levantamientos espontáneos: el flogonazo del 48 demostró que la clase obrera era realmente peligrosa y podía poner en entredicho el sistema, pero al mismo tiempo quedó en claro que no era lo bastante fuerte como para hacerlo caer con sublevaciones casi espontáneas; la represión conservadora, el realismo político socialista y la institucionalización liberal ahogarían rápidamente los levantamientos. Por el otro, interpreta que la más importante consecuencia a largo plazo fue la conformación de un trío de ideologías interesadas en contener la presión popular, que legitimó al liberalismo centrista como geocultura del sistema mundial (Wallerstein, 1995, 1998b y 1999a).

Es cierto que la identificación de las ideologías conservadora y socialista como variantes del liberalismo centrista aparece como un fuerte reduccionismo. Debemos sin embargo convenir que el “corrimiento al centro” que Wallerstein destaca para ambos bandos fue evidente; las fuerzas conservadoras aceptaron la imposibilidad de una represión pura y simple, buscando integrar a las “clases peligrosas” mediante incentivos materiales o simbólicos, en tanto que los socialistas admitieron la imposibilidad de levantarse contra Estados cada vez más poderosos e intentaron estrategias para organizar a las masas y reorientar su

potencial en una estrategia de dos momentos: primero tomar el poder del Estado –por vías revolucionarias o constitucionales– y luego desde el Estado, transformar la sociedad. El liberalismo se conformó como el punto de referencia para la formulación de políticas alternativas, con lo cual el sistema mundial “entró en el período del espectro ideológico trimodal que todos conocemos. El liberalismo pasó a representar el centro del hemicycle político y así quedó en posición de ocupar también el centro del escenario” (Wallerstein, 1999a: 97). Asimismo, el nacionalismo, el sexismo y el racismo se desarrollaron como temas subyacentes básicos de la geocultura liberal, y ninguna de las variantes ideológicamente dominantes estuvo libre de ellos (Wallerstein, 1998b: 21 y ss.).

Aunque no convengamos en la identidad de las tres ideologías como “geocultura” ni en su funcionalidad para la legitimación del sistema mundial, hay dos elementos de la interpretación de Wallerstein que con toda seguridad merecen ser rescatados: 1) la trascendencia interestatal de la Revolución de 1848 y la emergencia de los grupos sociales populares como actores autónomos; 2) la conformación de las tres corrientes ideológicas básicas, con el liberalismo dominando la política de los Estados del centro de la economía-mundo y marcando los puntos en discusión.

En la interpretación de Wallerstein, el largo siglo que siguió a la Revolución de 1848 culminaría con un período de auge de la estrategia liberal mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial. La economía-mundo llegó a un estado floreciente con una fase A del ciclo Kondratieff, los Estados Unidos se constituyeron como superpotencia mundial luego de vencer a Alemania en la puja por el centro de la economía-mundo, y la vieja izquierda llegó al poder en muchos Estados bajo etiquetas comunistas, socialdemócratas, de liberación nacional o populistas, aceptando el paradigma liberal de desarrollo nacional. Pero todo ese complejo edificio sería puesto en duda con la Revolución mundial de 1968.

Los movimientos revolucionarios de 1968 se iniciarían en marzo-abril de ese año, y se encontrarían preludiados por el impacto del espíritu de Bandung, la revolución cultural china, el conflicto de Vietnam, Cuba, el Poder Negro en los Estados Unidos y otros movimientos antisistémicos gestados desde los años 50. La Revolución de 1968 adoptó un carácter mayoritariamente estudiantil, duró aproximadamente tres años y abarcó prácticamente todo el orbe: “Desde luego, las manifestaciones locales fueron todas diferentes, pero dos temas comunes hicieron de esos múltiples estallidos un acontecimiento mundial. El primero consistió en el antagonismo a la hegemonía estadounidense [...] y a la colusión de la URSS con Estados Unidos [...]; el segundo, en una

profunda desilusión con la vieja izquierda o la izquierda histórica, en sus tres variantes principales: los partidos socialdemócratas del Occidente, los partidos comunistas y los movimientos de liberación nacional del tercer mundo” (Wallerstein, 1999a: 55-56).

En 1968 nuevos movimientos antisistémicos pusieron en cuestión la confusión conceptual entre las dos modernidades: la modernidad de la tecnología fue desafiada, en tanto se tomó conciencia de que ni los viejos defensores del *status quo* ni los viejos oponentes habían conseguido desarrollar aquello que constituía la única razón para una verdadera lucha, a saber, la modernidad de la liberación. La significación de esa revolución mundial no se encuentra entonces en cambio político alguno a nivel de los Estados particulares del sistema mundial, sino en la dilución del consenso existente en torno al wilsonismo-leninismo al cuestionar que la ideología desarrollista hubiera alcanzado efectivamente algo de importancia perdurable. En la particular visión que Wallerstein tiene del “liberalismo” como un *leit motiv* de la modernidad, centrado en la idea de cambio político controlado –violento o no–, soberanía popular, ciudadanía y desarrollo nacional, 1968 representa el fin de la geocultura liberal, el momento en el cual la duda ideológica ganó a todos los actores sociales capaces de expresar intereses antisistémicos (Wallerstein, 1999a: *passim*).

Esa fractura del liberalismo como ideología dominante se continuaría en la debacle de 1989, cuando la caída del marxismo-leninismo eliminó la última creencia en que la reforma administrada por el Estado podía llevar a los países periféricos y semiperiféricos al desarrollo nacional. En ese sentido y al contrario de lo popularizado por los medios de comunicación, los movimientos de 1989 podrían ser interpretados como la continuación del “gran ensayo” antisistémico de 1968 (Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 1999: capítulo VI).

Así, aunque aparentemente los conflictos del 89 representaran el triunfo del liberalismo serían en realidad la muestra de su mayor debilidad, ya que todo el arco ideológico que éste sustentaba cayó estrepitosamente y sólo dejó una absoluta falta de fe en los elementos básicos del sistema mundial –Estados y capitalistas– para la solución de la presente crisis. En 1989 se habría cerrado el período abierto en 1789, que conformaría el movimiento de ascenso, triunfo y caída del liberalismo como ideología global o geocultura del mundo moderno, cuyo apogeo se daría en el período 1945-68 (Wallerstein, 1999a: *passim*).

A su vez, la revolución de 1968 obligó a los movimientos antisistémicos a revisar las premisas básicas de la actividad revolucionaria del siglo XX, que fueron en rigor las premisas del marxismo-leninismo, entronizado como “mar-

xismo dominante” Estas eran las tesis según las cuales debía seguirse una estrategia en dos pasos –tomar el poder del Estado y desde él transformar la sociedad–, organizando la actividad política en un partido o movimiento unificado de alcance nacional y en torno a un conflicto fundamental –capital / trabajo–, la democracia era un valor burgués y debía confiarse en el productivismo y en la ciencia como palancas de un progreso continuo. A partir del 68 fue evidente la necesidad de buscar nuevas estrategias de acción política, lo que implica romper decididamente con la geocultura liberal y revisar el mismo marxismo (Wallerstein, 1999a: 213-214 y 218-225, y 1998a).

El corte temporal de Wallerstein es fuertemente simbólico. La revolución de 1968 aparece como la imagen especular de 1848: el romanticismo revolucionario del siglo XIX encuentra su correlato en la opción por la “modernidad de la liberación” de la nueva izquierda, en tanto que París, Praga y tantas otras capitales –incluyendo los campus universitarios estadounidenses– se convierten en lugar identitario de un nuevo tipo de conflictos. Esa imagen tan cargada de connotaciones emotivas, ya que el propio Wallerstein vio su historia personal como docente atada a la suerte de esos movimientos, encierra una interpretación sumamente interesante. Dos momentos revolucionarios habitualmente entendidos como amplios fracasos porque los movimientos sociales que los alentaron no lograron el poder en Estado alguno, son interpretados como los más trascendentes porque mutaron los marcos de la actividad ideológico-política dentro del sistema mundial. Son también momentos en los cuales predominaron los levantamientos espontáneos de los grupos populares, a la inversa de la mayor parte de las revoluciones, habitualmente atizadas por sectores particulares (cf. punto 1). Además, el hecho de que no tuvieran una encarnadura estatal-nacional y no respondieran a las pautas ideológicas del “liberalismo” los caracteriza como “revoluciones mundiales”, con un impacto que alcanza a todo el sistema. Es cierto que multitud de elementos pueden ser traídos a discusión: ¿las luchas estudiantiles no son, salvo la “revolución cultural”, luchas de grupos occidentalizados –encerrando tal interpretación un europeísmo del que Wallerstein reniega–? ¿por qué Vietnam o la lucha por los derechos civiles en EEUU no se entienden ya como eventos de la revolución mundial?, ¿sólo porque esos movimientos aún se inscribían en los marcos de la “vieja izquierda”, por más que los intereses que representaban fueran antisistémicos? Fueran cuales fueren las respuestas, constituyen aspectos de una discusión valedera.

Un elemento más convierte a la tesis de la “revolución mundial” en un topos de principal interés. Contra todo su esquema deductivo, Wallerstein no deriva

1968 de la fase B de Kondratieff que se iniciaba en esos momentos, sino que sólo marca una coincidencia temporal. Cuando hacia 1975 la revolución mundial esté acabada, los EEUU tendrán una política exitosa para mitigar temporalmente los efectos de la crisis sobre sus empresas. Los efectos de la fase B son entendidos como devastadores para la geocultura liberal hasta la actualidad, pero en rigor ya se argumentó previamente que el liberalismo estaba fracturado como tal desde 1968 (Wallerstein, 1999a: *passim*). Immanuel Wallerstein entiende que en el sistema mundial se producen ciclos de expansión y contracción asimilables a las fases A y B de Kondratieff en lapsos aproximados de 50 años,⁷ juntamente con períodos de hegemonía de Estados del centro de la economía-mundo de aproximadamente 150 años—Holanda, Inglaterra y EEUU serían los Estados hasta hoy hegemónicos, en orden de sucesión— (Wallerstein, 1997). La ubicación de la Revolución mundial de 1968 en un momento en el cual no está en juego la hegemonía mundial y apenas se inicia una fase B permite poner en discusión las relaciones entre estructuras económicas, políticas e ideológicas, debatiendo la misma relación determinista que Wallerstein había construido con relación a la Revolución Francesa. El 68 trae a luz el problema de la constitución de movimientos antisistémicos y sus posibilidades de acción política en el marco restrictivo del sistema mundial, en momentos en los cuales se abre una fase de retracción de la economía-mundo, que podría constituir el inicio de una crisis sistémica.

4. Desde una perspectiva analítica distinta de la de Wallerstein, Alsem Jappe recordaba que “Si hasta ahora no se ha producido otro mayo de 1968, no deja de ser cierto que las causas que lo provocaron no han desaparecido” (Jappe, 1998: 115).

Para Immanuel Wallerstein no sólo continúan aquellas causas, sino que se han agravado. El hecho de que no se avizore una salida de la actual fase B y que la “era de hegemonía de los EEUU” pueda ser razonablemente puesta en duda a pesar de su enorme poder militar, dada la imposibilidad fáctica de constreñir la multiplicación de frentes de conflictos (Wallerstein, 1998e), hacen pensar a Wallerstein en la inminencia de una “crisis sistémica”. En general, ha sido muy

⁷ Las fases A y B no representan para Wallerstein expansión y contracción en forma estricta, sino esencialmente lapsos en los cuales se pueden proteger monopolios significativos y períodos en los cuales se confronta por reubicar geográficamente monopolios agotados y definir monopolios futuros. Ello está en directa relación con su concepción del capitalismo como un sistema que no se define en realidad por el mercado, sino por la monopolización del mercado por los capitalistas—siguiendo la tradición de Fernand Braudel— (cf. esp. Wallerstein, 1984 y 1998a).

cauto en el uso del término “crisis”, tratando de reservarlo para “esos raros momentos históricos en que los mecanismos de compensación habituales dentro de un sistema social resultan tan ineficaces desde el punto de vista de tantos y tan importantes actores sociales que empieza a producirse una importante reestructuración de la economía [...], la cual es considerada retrospectivamente como inevitable” (Wallerstein, 1984: 11). Pero en sus escritos de la década de 1990 comenzó a delinear una interpretación del momento presente como crisis del sistema mundial, aunque no define a la situación como caótica.

Wallerstein entiende que el exitoso desarrollo de la economía-mundo capitalista lleva a su propia destrucción. Diversos factores determinan la fractura del capitalismo como sistema histórico, imposibilitando su reproducción. En primer lugar, prevé una puja entre diversos centros de poder mundial (EEUU, Japón, la Unión Europea, incluso China y Rusia asociadas a alguno de los anteriores) por el reparto de beneficios y costes, así como por las cuotas de inversión, en un marco de confrontación cada vez más mafioso y menos político. Luego, destaca el imparable aluvión demográfico de los países del Sur hacia el Norte próspero, así como la inestabilidad de las estructuras sociales y políticas del primero y la aguda reacción social en este último. La decadencia de las capas medias –pilar ideológico-social del sistema– y los límites de la externalización de costos producidos por la desruralización, más la insalvable contradicción entre la necesidad capitalista de reducir los costes de producción y el medio ambiente, completan un cuadro de crisis de funcionamiento y arribo a los límites ecológicos del sistema. Esa situación se ve agravada por tres elementos de tensión que inhiben un funcionamiento operativo de los Estados para mantener el sistema mundial capitalista, a saber, las exigencias populares de democratización, la decadencia de la “estatidad” (*stateness*) y la tendencia a la crítica ideológica del Estado en la retórica antiestatista de conservadores, liberales y socialistas (Wallerstein, 1994, 1995, 1997, 1998c y 1999b).

Estamos entonces –según nuestro autor– frente a una “crisis histórica” y a la posibilidad de transición hacia algo no definido. Si recordamos el rechazo por Wallerstein de la idea de progreso (Wallerstein, 1988), apreciaremos la lógica consecuencia que esa actitud trae para el análisis del presente: no puede guardarse razonablemente ningún optimismo frente al derrumbe del sistema mundial capitalista, ya que los resultados de tal desmoronamiento pueden ser nefastos –un nuevo “feudalismo”– o simplemente dar lugar a la reconstitución de los mecanismos de dominación por parte de la clase capitalista, incluso produciendo una transición “controlada” hacia un nuevo sistema mundial.

¿Cuál es, entonces, la estrategia a seguir por parte de los movimientos antisistémicos? La transición a un nuevo sistema mundial implica desintegración y desmoronamiento, un período de “infierno en la tierra”. Es por tanto incontrolable e irreductible a tácticas “revolucionarias” y “reformistas”. La defensa intelectual de la factibilidad práctica y la deseabilidad moral de un mundo igualitario no puede llevar a olvido la imposibilidad de la prognosis histórica. Las utopías conducen necesariamente al fracaso político si se las trata de realizar mediante una acción social concreta. Desde Jeremy Bentham a los bolcheviques, Wallerstein ve un predominio nocivo de la idea de cambio social planificado, que lleva inevitablemente a la reconstrucción controlada del poder social y, por tanto, a la formación de un nuevo sistema inequitativo y explotador (Wallerstein, 1998a y 1998b).

Tanto en el Norte como en el Sur, los movimientos antisistémicos ya no pueden percibir el conflicto con las categorías de la geocultura liberal actualmente en fragmentación, pero tampoco disponen de estrategias de transformación hacia un mundo democrático e igualitario. Se derrumbaron los modelos de desarrollo construidos desde el siglo XIX desde el centro de la economía-mundo, al tiempo que las políticas pragmáticas han quitado vitalidad a distintos movimientos tercermundistas prontamente reabsorbidos en el sistema interestatal existente (Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 1999: 117-119).

Sólo queda, en consecuencia, promover movimientos sociales de deconstrucción y experimentación constante. La elaboración de una estrategia alternativa a la disyuntiva reforma-revolución debe recuperar una serie de aspectos: 1) la presión local de la clase trabajadora, 2) la presión por la democratización de la toma de decisiones, 3) la conciliación del dilema universalismo - particularismo, y 4) la concepción del poder estatal como una táctica pero no como un objetivo. En ese marco, las revoluciones que pudieran venir sólo serán realmente revolucionarias en la medida en que promuevan el derrumbe político del sistema (Wallerstein, 1998a: 186).

Fiel a su tradición intelectual, Wallerstein reacciona contra la idea de que la política está a un lado y la ciencia al otro, ya que esa división constituye la base del eurocentrismo al establecer como las únicas posiciones universalistas válidas las eurocéntricas (Wallerstein, 2000: 112-113). Reflexionar científicamente es un ejercicio indisolublemente vinculado a la reflexión político-moral, a lo que debemos agregar que las acciones de los intelectuales tienen decidida influencia en los posicionamientos práctico-políticos, ora fundamentándolos, ora deconstruyéndolos. Por consiguiente, si bien los intelectuales no pueden prede-

cir el futuro del sistema mundial, sí pueden desarrollar cierta influencia en el contexto de su crisis. “El rol principal de los intelectuales –postula Wallerstein– es contribuir a reducir la confusión, aun, y sobre todo, entre los activistas comprometidos con una transformación progresista” (Wallerstein, 1999c). La “utopística” que propone constituiría una evaluación seria, racional y realista de los sistemas sociales y sus alternativas históricas, que enlaza los ámbitos de la ciencia, la política y la moralidad (Wallerstein, 1998b: 3-4).

Es aquí destacable el giro de Wallerstein hacia la consideración de la acción humana. En los períodos de un funcionamiento aceitado del sistema mundial las acciones de los hombres y los grupos sociales están condenadas a amoldarse a los requerimientos estructurales o a desaparecer como un bello fogonazo; pero en los momentos de crisis histórica la acción social es determinante para la desestructuración de un sistema y la constitución de otro, aunque el resultado final no sea predecible ni controlable. El apoyo a los movimientos antisistémicos es necesario ante la posibilidad de un período de transición caótico e incierto. De esta manera, Wallerstein se presenta como un intelectual crítico, ya que intenta la concepción de una teoría de la sociedad con intención práctica, que no sólo explique la evolución social sino que también contribuya a autoclarificar las luchas y anhelos de una época. Probablemente, reconociendo su inserción en esa tradición intelectual de la que tantas veces se ha intentado separarlo, podamos apreciarlo como un pesimista esperanzado que –al igual que Karl Marx– trata de conciliar el análisis estructural con una apelación entusiasta al compromiso y a la acción.

Bibliografía

(se indica el año de la edición utilizada, consignándose cuando corresponde la edición original en las obras de Wallerstein)

Arrighi, Giovanni; Hopkins, Terence K. y Wallerstein, Immanuel, (1999) *Movimientos antisistémicos*, Madrid, Akal Ediciones, (original de 1998).

Avendaño Figueroa, Amado, (2000) "El capitalismo sentenciado a muerte. Immanuel Wallerstein, «uno de los dos o tres historiadores que hay en cada siglo», disponible en <http://www.ecn.org>

Benigno, Francesco, (2000) *Espejos de la revolución. Conflicto e identidad política en la Europa moderna*, Barcelona, Ed. Crítica.

Bonnell, Victoria E., (1994) "Los usos de la teoría, los conceptos y la comparación en sociología histórica", en Ansaldi, Waldo (comp.) *Historia / Sociología / Sociología histórica*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Casanova, Julián, (1991) *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Ed. Crítica.

Guerreau, Alain, (1988) "Fief, feodalité, feodalisme", en *Anuario n° 13* de la Escuela de Historia, Rosario, FHyA - UNR.

Hill, Christopher, (1983) *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la Revolución Inglesa del siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI Ed.

Hobsbawm, Eric, (1991) *La era de la revolución, 1789-1848*, Barcelona, Ed. Labor.

Jappe, Anselm, (1998) *Guy Debord*, Barcelona, Ed. Anagrama.

Marx, Karl, (1992) "Reseña del libro del François Guizot: *¿Por qué ha triunfado la revolución en Inglaterra? Discurso sobre la historia de la revolución de Inglaterra*, París, 1850", en Furet, François, *Marx y la revolución francesa*, México, F.C.E..

Negri, Antonio, (1994) *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Madrid, Libertarias / Prodhufi.

Paramio, Ludolfo, (1986) "Defensa e ilustración de la sociología histórica", en *Zona Abierta* n° 38, Madrid. También en Ansaldi, Waldo (comp.) ob. cit.

Red Vasca Roja, (2000) Presentación del archivo de textos marxistas de la Red Vasca Roja, disponible en <http://www.basque-red.net>.

Skocpol, Theda, (1994a) "La imaginación histórica de la sociología", en Ansaldi, Waldo (comp.) ob. cit.

Skocpol, Theda, (1994b): "Estrategias recurrentes y nuevas agendas en sociología histórica", en Ansaldi, W., ob. cit.

Taylor, Peter J., (1994) *Geografía política. Economía-mundo, Estado-nación y localidad*, Madrid, Trama Editorial.

Tenenti, Alberto, (1999) *De las revueltas a las revoluciones*, Barcelona, Ed. Crítica.

Tilly, Charles, (1991) *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza Editorial.

Tortosa, José María, (1999) "Para seguir leyendo a Wallerstein", en Wallerstein, Immanuel: *El futuro de la civilización capitalista*, Barcelona, Icaria Ed..

Wallerstein, Immanuel, (1979) *El moderno sistema mundial. I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI Ed., (original de 1974).

_____ (1984) *El moderno sistema mundial. II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, México, Siglo XXI Ed., (original de 1980).

_____ (1988) *El capitalismo histórico*, Madrid, Siglo XXI Ed., (original de 1983).

_____ (1994) "Agonías del capitalismo", en *Iniciativa Socialista* n° 31.

_____ (1995) "La reestructuración capitalista y el sistema-mundo", conferencia magistral en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, México, disponible en <http://www.basque-red.net>.

_____ (1997) *The Rise of East Asia, or The World-System in the Twenty-First Century*, ponencia al simposio "Perspective of the Capitalist World-System in the Beginning of the Twenty-First Century", Meiji Gakuin University, disponible en <http://fbc.binghamton.edu>.

_____ (1998a) *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*, México, Siglo XXI Ed., (original de 1991).

_____ (1998b) *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, México, Siglo XXI Ed., (original de 1998).

_____ (1998c) "Ecología y costes de producción capitalistas: no hay salida", en *Iniciativa Socialista* n° 50.

_____ (1998d) *El moderno sistema mundial. III. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*, México, Siglo XXI Ed., (original de 1989).

_____ (1998e) "¿Qué tan fuerte es la superpotencia?", en *Diario La Jornada*, México, 19 de noviembre de 1998, disponible en <http://fbc.binghamton.edu>

_____ (1999a) *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI Ed., (original de 1995).

_____ (1999b) *El futuro de la civilización capitalista*, Barcelona, Icaria Ed..

_____ (1999c) “El fin de las certidumbres y los intelectuales comprometidos”, discurso al recibir el doctorado *honoris causa* de la Universidad Autónoma de Puebla, México, disponible en <http://www.basque-red.net>.

_____ (2000) “El eurocentrismo y sus avatares: los dilemas de las ciencias sociales”, en *New Left Review* edición castellana, nº 0, Madrid (original de 1997).